

LA DIMENSIÓN ÉPICA DEL DEPORTE

The epic dimension of sport

Eduardo Segura Fernández

Unidad Central de Humanidades
Universidad Católica San Antonio de Murcia

DIRECCIÓN PARA CORRESPONDENCIA

Campus de Los Jerónimos. 30107 Guadalupe (Murcia)
esegura@pdi.ucam.edu

Fecha de recepción: Abril 2004 • Fecha de aceptación: Mayo 2004

Es muy probable que no sea ésta la primera vez que se habla de épica, deporte y vida como elementos de un mismo campo semántico. Quizá. Pero he decidido unirlos en estas reflexiones por ser mi materia de estudio la épica como género literario; porque también yo he sido y soy deportista; y cabría decir, por último, aunque no menos importante, porque soy un ser humano, y serlo implica vivir una epopeya personal construida sobre la base de lo ordinario. Épica, deporte y vida: tres elementos que configuran una manera de entender la existencia como desafío. En estos años de revitalizado interés por las epopeyas, un interés que nos ha llegado de la mano del cine y de algunos clásicos literarios (*La Ilíada*, *El Señor de los Anillos*), parece adecuado incluir estos pensamientos a vuelapluma sobre un tema tan apasionante como cotidiano. Porque la épica nos muestra que el sentido de nuestro vivir es histórico y aventurero: épica en estado puro.

La pregunta inicial podría versar sobre el origen: ¿cuándo comenzó el ser humano a plantearse el deporte como pasión? Es verdad que la extensión de la práctica habitual de la actividad física es un fenómeno relativamente reciente. Pero el momento en que nuestros antepasados decidieron hacer frente a ciertos retos físicos es tan antiguo como la toma de conciencia de las coordenadas del mundo en que se movían. La vida era reto; y sobrevivir, en ocasiones, una proeza. Vencer los desafíos formaba parte de un sentido épico de la existencia en el que cazar con una jabalina, y competir con otros cazadores por ver quién era capaz de lanzarla con más destreza y más lejos, eran elementos de un mismo ritual. El extraordinario arquero no sólo era admirado por cobrar más piezas que los demás para la tribu. Alrededor de su persona y hazañas el tiempo crearía leyendas de gestas inalcanzables: era capaz de disparar sus flechas con más certera puntería que los demás, que le rendían el tributo de una noble admiración. El espíritu de emulación, o la envidia, llevaría a otros a practicar y competir para arrebatárselo a ese arquero legendario el honor de ser el mejor entre los mejores. *Citius, altius, fortius* es un lema antiguo como la vida misma, válido tanto para la guerra como para el deporte.

Afrontar la existencia con sentido deportivo suele significar, hoy en día, no claudicar ante los obstáculos. Nada hay nuevo bajo el sol, y hoy como ayer debemos hacer frente a los desafíos del vivir diario con un sentido de la victoria a corto,

medio y largo plazo, que tiene mucho que ver con la planificación que un buen deportista hace de su temporada, de su carrera como atleta y de la vida que le aguarda cuando el tiempo, ese juez inapelable, dicte la sentencia no por sabida menos agrí dulce: la del momento de la retirada, cuando suene la hora de disfrutar de la actividad física de un modo distinto, más adecuado a la edad y las circunstancias cambiantes de la existencia.

Afrontar las derrotas con ánimo vencedor, volver a empezar cuando alrededor todo y todos nos gritan que el fracaso está más que garantizado, no desanimarnos ante la amenaza de la mediocridad, son elementos de un sentido profundo de la vida que se contempla desde dentro de este mundo como la actuación de seres ordinarios obligados a enfrentarse a situaciones extraordinarias. Porque vivir es exactamente eso. Nada de lo que nos sucede es natural, la vida y sus promesas lo mismo que la muerte y su certeza. El mundo que nos rodea, a pesar de esa mirada de acostumbramiento con que lo contemplamos, es un gran escenario sobrenatural, porque nos excede completamente. ¿Quién no se siente insignificante desde la cima de una montaña, al contemplar el firmamento estrellado o al adentrarse en las profundidades del mar? Y, sin embargo, no podemos dejar de sentirnos llamados a conquistar esas metas. Porque somos infinitos, el mundo es el escenario exacto, adecuado, de esta epopeya. El techo de nuestros sueños es el universo, y nuestro afán alcanza más allá de las más lejanas estrellas. Hay algo en nosotros que nos empuja a lo inalcanzable, quizá porque estamos hechos para hacer realidad los imposibles. Cuentan que Sir Thomas Mallory, al ser preguntado acerca de lo que le motivaba para escalar el Everest, respondió lacónicamente: "Porque está ahí". ¿Hay razón más ajustada a la medida del corazón humano?

Hemos escuchado muchas veces la historia de aquel soldado que, al concluir la batalla de Maratón, corrió durante más de cuarenta kilómetros para comunicar la noticia de la victoria, antes de morir agotado. ¿Qué había en el alma de aquel anónimo héroe mientras corría? Pienso, sobre todo, en la alegría que inundaba su desbocado corazón, en la lealtad y la obediencia que le impulsaban en su loca aventura. No buscaba una marca, pero allanó el camino para los que, siglos más tarde, corren aún y se afanan tras sus sueños de plusmarcas

personales y récords, a veces quiméricos: una centésima menos, un centímetro más. Él escribió su hazaña en el libro de oro de la Historia, inaugurando el apéndice reservado a los héroes, a los que creyeron contra toda esperanza, a los que más tarde buscarían dejar la impronta de su paso por esta tierra superándose a sí mismos. El sudor de los deportistas es la tinta imborrable con que está escrito ese libro.

Hoy como ayer, la fascinación por el espíritu de superación ha dejado su impronta en la literatura y el cine. Me vienen a la cabeza el cuento *La soledad del corredor de fondo*, de Alan Sillitoe, que él mismo adaptó para convertirlo en el guión cinematográfico que Tony Richardson llevó a la pantalla en 1962; o la célebre *Carros de fuego* (Hugh Hudson, 1981), historia paradigmática sobre las motivaciones y el valor redentor del deporte. Otras veces, el cine se ha fijado en el deporte como escenario en el que una situación de carencia de libertad era paliada gracias al espíritu de camaradería y superación que fomenta y canaliza la actividad deportiva. Como escribió Tolkien en su ensayo *Sobre los cuentos de hadas*, "¿por qué ha de despreciarse a la persona que, estando en prisión, intenta fugarse y regresar a casa? Y en caso de no lograrlo, ¿por qué ha de despreciársela si piensa y habla de otros temas que no sean carceleros y rejas? El mundo exterior no ha dejado de ser real porque el prisionero no pueda verlo". La práctica del deporte contiene un elemento de liberación interior, de desahogo. Las historias que el tiempo ha forjado a su alrededor, han sido y son vehículo de una necesidad atávica del hombre: narrar a otros y contarse a sí mismo su propia historia, de generación en generación.

Contar historias es uno de los modos más característicamente humanos de entender nuestro ser y el lugar que ocupamos en el mundo. Somos criaturas narrativas, que se entienden mejor a sí mismos contando historias. "Érase una vez" es el inicio de la sabia tradición. No es extraño, por tanto, que escritores y guionistas hayan buscado en el fecundo campo del deporte para elegir historias que mereciera la pena contar. En 1997, Javier García Sánchez publicaba una novela con un título de ecos inconfundiblemente ciclistas, *Alpe D'Huez*. Al hilo de los pensamientos de Jabato, un veterano ciclista que buscaba culminar una carrera gloriosa en la etapa reina del Tour, recorriamos lo que había sido una vida de renuncia, sacrificios y entrega, dentro y fuera del ciclismo. El Galibier, el Col du Télégraph y el Alpe D'Huez formaban el escenario colosal de un duelo del hombre contra sí mismo, al borde de sus fuerzas, pues Jabato (como todos nosotros) corría contra la certeza de sus propias limitaciones.

De hecho, la conciencia de los propios límites, en expresión de Romano Guardini, es uno de los pasos decisivos en el proceso de maduración progresiva del ser humano. Echemos un vistazo al libro de oro del deporte, para ver quiénes nos precedieron, y qué legado nos dejaron. Aceptar la evidencia de que ya no somos lo que fuimos, que el tiempo pasa lo mismo para el *súper-atleta* que para el aficionado, es una exigencia que se nos impone, nos guste o no. Deportistas que han marcado una época en sus disciplinas, como Michael Jordan o Miguel Induráin, Dan O'Brien o Joe Montana, Carl Lewis o Mark Allen,

Amanda Beard o Joane Somarriba, tuvieron que aceptar el hecho de que no eran inmortales. Ni siquiera ellos, ni siquiera ahora, en estos tiempos en que una adecuada preparación física, con sus transiciones y descansos, puede alargar enormemente la vida deportiva de un atleta. El tiempo termina por doblegar a quienes no pudo vencer nadie. En ocasiones da la impresión de que el peor rival de aquellos pocos elegidos eran ellos mismos; que el tiempo era el aliado de un declinar lento pero inexorable, aunque no por más seguro menos glorioso.

¿Qué tenían en común estas grandes figuras? Sin duda, un organismo absolutamente privilegiado para la práctica del deporte de elite. En más de un caso, se trata de atletas que habrían destacado en otras disciplinas: Induráin era un buen corredor de 400 y 800 lisos; Jordan comenzó en el béisbol y compaginó su progresión en el baloncesto con el puesto de *wide receiver* en el equipo de *football* de su instituto, merced a su velocidad y a una no excesiva altura en sus años de adolescencia. Sin embargo, las indudables aptitudes físicas de cada uno de estos prodigios de la naturaleza no habrían llegado demasiado lejos en un mundo tan exigente y competitivo si no hubiesen tenido una fuerza interior también única. Cualquier persona que ha practicado deporte sabe que el sacrificio es un ingrediente esencial de la actividad física. El deporte se convierte así en un reflejo de la vida, en una palestra adecuada donde entrenarnos para encarar los conflictos, internos y externos, que aguardan su hora de asaltarnos. El sacrificio es el cemento que cohesionan el edificio de la carrera profesional de un deportista, porque dota de sentido a la necesaria renuncia, al imprescindible entrenamiento. Con frecuencia tendemos a pensar que esos elegidos del destino han sido capaces de llegar a lo más alto simplemente porque sus cuerpos eran mejores que los de otros; un punto mejores. Pero detrás de esos récords y plusmarcas hay escondidas muchas horas de entrenamiento con frío y con calor, con ganas o sin ellas. Hay muchas repeticiones, una vez y otra, de movimientos que, esculpidos en la memoria, llegaban a convertirse casi en una manera de ocupar el espacio. Recuerdo haber visto a Michael Jordan, durante su temporada en los White Sox, esperando en la segunda base con la misma postura con que aguardaba el pase de Pippen o Paxson en sus años de oro con los Bulls. Y era célebre entre los aficionados al ciclismo el día 1 de diciembre, cuando la puerta de la casa de los Induráin se abría indefectiblemente, estuviera como estuviese el cielo de Pamplona, para comenzar a ganar el siguiente Tour desde el desafío al viento, la lluvia y el frío.

La mayor parte de estos elegidos para la gloria poseen otra característica común: el carisma. Todos ellos eran líderes por naturaleza. En los deportes de equipo este rasgo se considera un elemento esencial. Permite construir el esfuerzo sobre un eje que es reflejo del espíritu del entrenador en el campo. En el caso de deportes con un cariz más individual, es habitual en el gran campeón la capacidad de granjearse la admiración y el cariño de sus rivales. Mark Allen, seis veces ganador del Ironman de Hawaii, era un triatleta para quien sus competidores no tenían sino palabras de elogio. Joe Montana ha estado en boca de todos los grandes *quarterbacks* de la NFL como un

ejemplo a seguir: Elway, Favre, Warner, por nombrar tres al azar. En el inmenso panorama del mundo laboral, la capacidad de aunar esfuerzos, de ilusionar ante una meta, de guiar a los demás hasta su consecución, ha llevado a elegir a personas con un perfil profesional capaz de liderar y consolidar al equipo en torno a un objetivo común cuyo logro se tomaba como aspiración e inspiración.

El esquema de los deportes parece reproducir el esquema de la vida: afanarse en la búsqueda de un logro que apunta a la excelencia. Fijada la meta, comienza el largo período de preparación-entrenamiento, precedido de una cierta pre-temporada o época (las más de las veces, años) de aprendizaje tenaz y paciente. Nadie llega a ser grande si no es a costa de grandes sacrificios. Llegada la hora de los resultados, unas veces habrá buenas marcas, otras veces no. Pero, sea como fuere, el fracaso no es sino la base para un nuevo esfuerzo, para comenzar otra temporada de fe perfecta, donde la única certeza será el entrenamiento y el trabajo duro, y la esperanza en que llegará la cosecha de resultados... o no. La decepción suele ser un fecundo humus donde germinarán nuevos y más grandes retos. Una crisis de crecimiento viene en ocasiones precedida de una crisis de malos resultados. Se trata de una situación habitual en el mundo de la empresa, donde a veces la mejor salida a un problema, incluso estructural, es la superación por elevación. Mirar el obstáculo desde lejos permite calibrar sus exactas dimensiones, tomar impulso, y continuar.

La vida del espíritu, de las artes, se mueve en estas mismas coordenadas. Una vez, otra vez, sin desánimo, sin cansancio, hasta que el obstáculo se convierte en otro trofeo. Vencer en el deporte es, a menudo y como condición inicial, vencerse. El sentido épico de la vida al que me estoy refiriendo comienza en uno mismo. La antigua Grecia nos legó un modo de ver el deporte como medio de catarsis personal, de purificación de las imperfecciones de un vivir adocenado. De manera que la práctica del deporte no sólo es "saludable" en términos físicos. Es, ante todo, recomendable desde el punto de vista del espíritu, ese ámbito que nos diferencia esencialmente del resto del mundo vivo. El deportista verdadero es buen terreno para que en él germinen las virtudes del ser humano, desde la fortaleza a la generosidad. El afán del deportista por lograr un triunfo temporal está jalonado de momentos de reconocimiento ante la valía de los rivales, de descanso o recuperación tras una lesión, a veces grave. Se trata de momentos que, bien aprovechados, pueden servir de trampolín para logros más elevados. El deporte se convierte, así, en una metáfora de esa gran metáfora que es la vida. El cáncer de Lance Armstrong o la bulimia a que se tuvo que enfrentar Amanda Beard para seguir siendo la mejor nadadora de 200 metros braza, no son sino ejemplos de accidentes y circunstancias, tan misteriosas, venidas de la mano de un secreta providencia, que sirvieron de aci-

cate para un esfuerzo titánico. Sus límites, físicos o anímicos, fueron la palestra de su propia epopeya personal.

En el libro de las anécdotas épicas del deporte, aquel libro de oro a que me referí al principio de estas páginas, se encuentran historias que demuestran que detrás de una voluntad férrea se esconde la verdadera victoria: la que permanecerá a través del tiempo. La voluntad para vencer en esas gestas ha hecho eternos a esos elegidos. Alexander Popov tuvo que superar una herida de arma blanca que estuvo a punto de robarle la vida. Pero lo hizo y volvió para asombrar al mundo con una superioridad manifiesta en la prueba más explosiva de la natación, los 50 metros libre. Joane Somarriba cambió la silla de ruedas a que parecía condenada por el sillín de su bicicleta ganadora de dobles Giro-Tour. Hermann Maier ha vuelto a la elite mundial del esquí tras escuchar la sentencia unánime de los médicos que, tras el accidente en que un camión arrolló la moto que conducía, le aseguraban que, con mucha fortuna, volvería a caminar con ayuda de unos bastones, pero que se olvidase de volver a esquiar. Maier debió entender mal lo de los bastones. O quizá lo entendió de la única manera que razonan los héroes, a la medida del desafío.

No quiero convertir estas reflexiones en un elenco de anécdotas ejemplares. No estoy seguro de que algo así tenga un interés más allá del meramente informativo. Lo que busco en estas páginas es la respuesta a las preguntas que todos nos hacemos acerca del sentido de la vida. Uno de los libros más célebres de Víctor Frankl, el psiquiatra austriaco que sobrevivió a Auschwitz, lleva por título *El hombre en busca de sentido*. No es sólo lo que hacemos, sino el porqué de nuestro actuar, lo que rubricará el éxito o el fracaso de nuestra existencia. Si la vida es épica, reto diario, la manera en que el deportista se enfrenta a los desafíos de su propia disciplina también lo son. En este juego de espejos, a menudo el verdadero espíritu deportista ilumina o da pistas para vivir una vida más plena. Entrenar el cuerpo exige entrenar la voluntad, los sentimientos, el complejo mundo emocional que alberga cada ser humano. En busca del equilibrio, el atleta recorre un camino de auto-descubrimiento. Y ¿qué es la vida sino un descubrimiento de nosotros mismos, de nuestras potencialidades? La épica de la vida se realiza en la lucha constante por no sucumbir a la tentación del conformismo. *Citius, altius, fortius* es el lema del deporte, sí. Pero es, antes y sobre todo, el lema del ser profundo del hombre. Señala una aspiración a lo eterno que apunta a lo más interior de cada uno de nosotros, la vida del espíritu.

Y el espíritu es infinito, aunque la vida no lo sea; por eso la épica es la medida exacta de una actividad hecha a imagen y semejanza del hombre: la noble lucha del ser humano contra sí mismo, el noble arte de competir contra sus iguales en busca de la gloria duradera, del nombre eterno. ¿Por qué conformarse con menos?